

EL EGO ES UN NARRADOR SOLITARIO

NATALIA

Pablo Azócar

Planeta (Colección Ventanero), Santiago, 1990
175 páginas

“Es una novela muy para adentro”, comentó otro joven escrito poco antes de que Natalia, de Pablo Azócar, se publicara.

Y otro más, menos joven, ha dicho en un párrafo pegado sobre el ventanal de una librería famosa que Natalia es “poética”, plena de un lirismo singular. Veraces, estas opiniones servirán de involuntario trampolín para que el cronista, interpretándolas y extrapolándolas a su regado gusto, intente explicar por qué el ánimo con que acometió la lectura de Natalia fue decayendo, con asustantes, durante su trabajosa deglución de la novela.

Natalia es la historia de un triángulo equilátero (todos con todos, siempre de a dos) sazonado por un matiz homosexual (dos mujeres que se van de la mano). Matiz definitorio para el sentido de la narración: incomunicación, soledad del masculino narrador (“estoy rodeado de muertos pero me siento solo”). Es la vieja y batallada imposibilidad de amar y ser amado con fluidez, expresada aquí mediante una imaginaria a la vez histórica, urbana e interior. Y adobada con frecuentes metáforas que invocan a la muerte y, por tanto, la relacionan con ella. Esta imposibilidad se resuelve para el narrador en la vocación de escribir, en este caso esta misma novela. Ojo con lo circular.

Vamos al trampolín: Natalia es poética, sí, porque en ella se privilegia abrumadoramente, como mecanismo expresivo, las imágenes que configuran estados de ánimo, antes que una acción que desencadene con ritidez una progresión narrativa sostenida. En abstracto, no tendría necesariamente que ser un problema, pero en Natalia lo es a causa de su lenguaje y de cierta monotonía vociferante en los recurrentes núcleos de acción. Azócar, o mejor dicho el narrador, recurre con voracidad a las

metáforas, a las comparaciones elaboradas y superpuestas, concenadas (sin utilizar, ayayay, consistentemente, ayayayay, un colador poético que filtre adecuadamente esa avalancha para generar una atmósfera anímica y cultural muy particular. Esta estética del narrador —marginal y literaria, reventada y cinéfila— empapa todo lo que hay en el relato, empezando por la expresividad de los demás personajes (Natalia y Lucía, Jota Jota, el Gordo, las indistinguibles mujeres que habitan la Casa de las Canores Locas; etcétera). Atención: el “defecto” no está en cuál sea esta estética, en ella en sí (podría tratarse de cualquier otra, una estética del Opus Dei o una sindicalista, por decir algo remoto a Natalia), sino en la agobiadora pertinacia con que se la presenta en el lenguaje de la novela. Y aquí lo de “novela muy para adentro”: los demás personajes evidencian ser, casi con lo que podríamos llamar una pervisión de la técnica narrativa (no en términos morales, por supuesto), emanaciones de la conciencia del narrador. Esta conciencia habla con un tono que, aun plagado de escenas “estrambóticas”, de “exageraciones” (y valiéndose la redundancia), es monótono. A los demás se los describe y se dice que son así o así, pero misteriosamente el cronista los siente subsumidos en el ánimo personal del narrador, y se desdibuja la que podría haber sido, en ellos, una real autonomía. A pesar de que se nos esté relatando que (¿por el contrario?) es la existencia del narrador la que resulta zarandeada por las veleidades de Lucía y Natalia.

por Marcelo Maturana

Si la voz del narrador protagonista es reiterativa en el tipo de imágenes que utiliza, por otro lado estructura su relato mediante episodios —o la rememoración de episodios— más o menos circulares (Natalia que se va de la casa que comparte con el narrador, éste que aguarda su regreso transformado en un “Gran Esperador”) que al reiterarse no definen una secuencia temporal muy nítida. Tampoco debería ser en sí un defecto, pero, como forma y fondo son una sola materia, el lenguaje recargado atenta contra una progresión que podría darse, si no en la acción misma, en la intensidad o en otro aspecto.

Dírase que el narrador (el narrador, no el autor) es un egomaniaco de marca mayor, no por lo que dice (separamos artísticamente fondo y forma) sino por cómo lo dice. Este cronista no deplora que se narre la historia de un ególatra, pero si le duelen las sienes cuando lee un relato elaborado egóticamente, es decir un relato que se hace epistemológicamente autorreferente.

¿Cómo es el narrador de Natalia? Es un tipo joven, obsesionado con escribir, un maldito agudamente consciente de su malditismo, acaso voluntariamente consciente. Va de una ironía peligrosamente (porque así se amula a sí misma) explicada a la descripción, digamos en tono johl, de sus angustias y rabias porque Natalia se le va periódicamente. Descontando la inevitable mención de la película Casablanca o de Humphrey Bogart, al parecer imprescindible para los jóvenes novelistas chilenos (véanse De la Parra, Franz, Collyer) y aun —excepción que confirma la regla?— para el último Lafourcade, el narrador de Natalia es también adiccionado a algunos tics de lenguaje, como “qué va”, “grande tipo”, “qué duda cabe”, “mismísimo”, que por su acumulación o por el manierismo que implican mecanizan la ironía buscada.

(Mmmmm, ¿no hemos leído estas mismas expresiones, en plumas diversas, en las páginas de cierto semanario quincenario?) Insufribles también le parecen al cronista términos como “pateticonas”, “ternurientos”, “ecológico-nas”, “tontonas”.

Calma. ¿Que soy detallista, maníático y por añadidura cruel? ¿Que estoy saltándome la semántica global de Na-

Verónica 2. 9. 1990, Diciembre 1990

AUTORÍA

Maturana, Marcelo Vicente

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El ego es un narrador solitario [artículo] Marcelo Maturana. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile